

ORDUÑA



No es la actual ciudad de Orduña la que antaño fué;

«que un incendio y otro incendio
calcinó el ilustre muro,
robando al pueblo futuro
de sus glorias el compendio»,

como dijo hace años un poeta, refiriéndose á lo perseguida que fué Orduña del fuego; pues el 16 de Noviembre de 1451 se quemaron cuatro calles, y el 7 de Octubre de 1535 casi se abrasó el pueblo entero, convirtiéndose en cenizas más de tres millones de reales en mercaderías, cantidad que parecerá tal ver exorbitante, pero que no lo es si se tiene en cuenta la excelente posición de esta ciudad, en las puertas mismas del Señorío, á corta distancia de esta villa, la cual hacia de aquélla un magnífico punto de tránsito para el comercio, puesto que por Orduña habían de pasar las lanas, los cereales, cuanto del interior venía á embarcarse en nuestras costas, y todo lo que las naves españolas y extranjeras desembarcaban aquí para todas las provincias de la península.

En 1740 se quemó el archivo de la iglesia de Santa María.

Esta ciudad, de abolengo bizcaino, fué juguete de las circunstancias durante siglos enteros, perteneciendo unas veces al Señorío, otras á Castilla y á Alaba, y tambien á algún caballero particular que, como el de Ayala, se apoderó del castillo y se erigió en señor.

No hemos de hablar de su origen, que es remotísimo, suponiendo algunos que data del siglo IX. Diremos únicamente que en 1229 los

señores de Bizcaya D. Lope y D.^a Urraca dieron á Orduña el fuero de Vitoria.

El Santuario de la Virgen data del año 1782, habiéndose hecho la traslación de la imagen de la ermita vieja, que se ignora de cuándo es, el 13 de Mayo de dicho año.

Orduña es patria de D. Francisco de Orduña Barriga, uno de los primeros conquistadores de Nueva España y capitán general de Santiago de los Caballeros, en Guatemala; D. Martín Hurtado de Arbieta, compañero de Pizarro en la conquista del Perú y capitán general de Vicalbamba, provincia poblada á su costa; los generales D. Francisco Díaz Princesita, marqués de Villarreal, su hijo D. Juan Victoriano, D. Bonifacio Manriquez de Velasco y D. Juan Urdanegui, marqués de Villafuerte, Caballero del hábito de Santiago, alférez, capitán, almirante y general del mar del Sur, que falleció el 16 de Noviembre de 1682, en Lima, siendo lego de la Compañía de Jesús; D. Clemente de Ochandiano, secretario de Felipe III, muerto en 1627 con fama de santo; D. Juan Ortiz de Zárate. Obispo que fué de Salamanca; don Manuel Jiménez Bretón, electo de Caracas; el franciscano Fray Mariano de Herrán, martirizado por los indios en el Perú en 1768; D. Andrés de Poza, escritor; D. Antonio de Vidaurre, autor dramático, y el venerable Padre Fray Pedro de Bardeci, franciscano, que el 12 de Septiembre de 1700 falleció en el convento de Santiago de Chile en olor de santidad, cuya causa de beatificación está muy adelantada en Roma, y de quien damos á continuación la partida de bautismo, copia exacta del original que consta en el folio 261, del segundo libro de bautizados de la parroquia de Santa María, de la ciudad de Orduña, que comprende desde el año de 1581 hasta el de 1679.

Dice así :

«Certifico yo, el licenciado Pedro de Angulo, beneficiado en las parroquias de esta ciudad, que de licencia de los curas de ellas, sábado que se contaron a seis de Abril del año mil seiscientos cuarenta y uno, bauticé en la iglesia del señor Sn. Clemente, extramuros de esta ciudad, á un hijo legítimo del licenciado Francisco de Bardeci, abogado, y de D.^a Casilda de Aguinaco, vecinos de esta ciudad; púsele por nombre Pedro, y por parte de padres es nieto de Pedro Bardeci y de María de Izarra, y por parte de madre de Martín de Aguinaco y de Isabel de Vidaurre, vecinos de esta ciudad, fueron sus padrinos D. Martín de Aguinaco, y lo firmo *ut supra*, P.^o DE ANGULO.»

Razón tuvo D. Raimundo Miguel, el poeta á quien aludimos al principio, cuando decía:

«Pero aunque en el polvo hundidos
yacen palaciosos suntuosos,
aun hay recuerdos preciosos
por acá y allá esparcidos.

Y no es difícil que pueda,
quien quiera estudiarla, ver
cuánto Orduña debió ser
por lo poco que le queda.»

ENRIQUE DE OLEA.

